



Fuentes

PARA IMAGINAR EL MITO

✎ DANIEL CENTENO M.

SIN TÍTULO / FOTOGRAFÍA ANÁLOGA

UNO DE LOS LIBROS MÁS RAROS DE CÉSAR AIRA NACIÓ EN VENEZUELA. EL GERMEN ESTUVO EN UNA DE LAS TANTAS EDICIONES DE LA BIENAL DE LITERATURA MARIANO PICÓN SALAS DE MÉRIDA. EL ESCRITOR ARGENTINO FUE INVITADO, Y REGRESÓ A SU PAÍS ATESTADO DE IDEAS PARA ESCRIBIR. Y EN ESE ARRANQUE TERMINÓ SU NOVELA *EL CONGRESO DE LITERATURA*.

Para los efectos de este artículo, la historia dice mucho: César es un traductor con pretensiones de científico loco. Al ser invitado al cónclave de intelectuales en Venezuela se le ocurre la mayor de sus ideas: clonar a Carlos Fuentes. Para tal fin diseña una avispa mutante para que lo pique y le quite un poco de ADN, con la intención de crear un ejército de intelectuales poderosos que puedan dominar el mundo.

El plan no le sale bien, cuando el insecto se posa en la corbata del autor mexicano y regresa con esa

muestra a la máquina clonadora. El resto del libro transcurre entre destrucciones varias y enormes gusanos de seda. Todo un delirio.

La historia de Aira podría entenderse de muchas maneras. Sin embargo, debajo de la tremenda, existió una pregunta que no dejó de levitar: ¿era Carlos Fuentes el gran intelectual de Latinoamérica?

Con su reciente fallecimiento las respuestas han ido despejándose.

EL TEMA IDENTITARIO FUE SU OBSESIÓN EN GRAN PARTE DE SUS CUENTOS, NOVELAS, ENSAYOS, GUIONES CINEMATOGRAFICOS Y OBRAS DE TEATRO.

2

La figura del mexicano es clave para entender buena parte de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Él fue el embajador mexicano del *boom* de narrativa, que también estuvo conformado por Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y José Donoso. Pero sus funciones siempre fueron a más: cuando el resto de sus camaradas apenas ganaban pequeños concursos en sus países, Fuentes ya tendía puentes entre éstos y grandes editoriales (incluso de otros idiomas, como fue el caso de Alfred Knopf en Nueva York).

Fuentes, como hijo de diplomáticos, también contó con una educación esmerada. Por eso desde joven fue cosmopolita, y con un talento para relacionarse con la gente. Antes de regresar a su país, vivió y estudió en Suiza, Ecuador, Uruguay, Brasil, Estados Unidos, Chile y Argentina. Todas estas escalas, lejos de alejarlo, lo afianzaron en su identidad. Su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*, lo atestigua con su relato sobre el ídolo tolteca *Chac Mool* que publicó a los 26 años.

De allí en adelante la trayectoria fue imparable: *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura* fueron tres obras maestras escritas casi en seguidilla y en un periodo de seis años.

Y el tren de trabajo no se detuvo. Allí está ese corpus que supera los 60 libros para atestiguarlo.

3

Fuentes es quizás el escritor que más supo juntar el legado de William Faulkner y John Dos Passos en su obra. Como todos los integrantes del *boom*, él abrevó del manantial norteamericano para completar la ruptura. También, hay que decirlo, fue el que primero intentó armar la gran novela latinoamericana y totalizadora con *La región más transparente*. La escribió antes de los 30 años y el gran personaje de su libro

fue la Ciudad de México, caldo de cultivo de voces, temores y esperanzas de todas las clases sociales del país.

4

El tema identitario fue su obsesión en gran parte de sus cuentos, novelas, ensayos, guiones cinematográficos y obras de teatro. En *La muerte de Artemio Cruz* se repasa el poder, la Revolución mexicana, las clases altas y la pérdida de ideales en la historia de su país. *Terra Nostra*, que ganó el premio Rómulo Gallegos en 1977, hace un paneo de la España de los Reyes Católicos en adelante. *El espejo enterrado* entreteje relaciones entre España y sus antiguas colonias del Nuevo Mundo. *La nueva novela latinoamericana* intenta explicar la importancia y origen de las voces de su generación como pioneras de una literatura de gran calado universal. *Gringo viejo* se basa en la figura de Ambrose Bierce para imaginar sus últimos años inmerso en la Revolución mexicana. El etcétera es eterno.

Quizás por eso su vasta obra fue enmarcada por él mismo en diferentes ciclos, que dio por bautizar con nombres como *El mal del tiempo*, *Tiempo de fundaciones*, *El tiempo romántico*, *El tiempo revolucionario*, *Fronteras del tiempo* y *Tiempo político*, entre muchos otros.

5

Existe, también hay que decirlo, un Fuentes anecdótico: el gran bailarín, el amante de estrellas de cine, el editor de revistas, el diplomático que logró salvarle el pellejo a Tomás Eloy Martínez enviándolo a Caracas, el opinador político que abrazó el triunfo de la Revolución Cubana para desmarcarse al poco tiempo, el benefactor que acondicionaba anexos en su casa para que sus amigos escritores terminaran sus libros.

Pero cada ser humano no escapa de sus sombras. Fuentes siempre fue un personaje polémico. Su adhesión incondicional al presidente Luis Echeverría, responsable de la masacre de Tlatelolco, siempre fue discutida. Más aún el posterior nombramiento del escritor como embajador en Francia durante la gestión del controvertido mandatario. También fue cuestionado por su acercamiento al poder, tomando en cuenta sus amistades: Bill Clinton, Jacques Chirac, Simón Pedro Barceló, Javier Merino, Alberto Cortina,

Alfredo Sáenz, Jesús de Polanco y otros millonarios como Gustavo Cisneros, a quien hasta le escribió el prólogo de su biografía autorizada.

Quizás por eso en 1983 el historiador Enrique Krauze redactó el artículo *El dandy guerrillero*, en donde aseguró que cada libro de Fuentes estuvo escrito para agradar al público norteamericano. Esa era la razón, en palabras del atacante, por la que resultaban tan falsos y frívolos para el mexicano común. Baste decir que, gracias a esa nota, Carlos Fuentes y Octavio Paz (el gran protector de Krauze) rompieron relaciones.

6

Muchos escritores solían hacer bromas sobre los gustos exquisitos de Carlos Fuentes, siempre vestido de punta en blanco y con trajes de diseñadores. Uno de los comentarios con más mala leche fue el que alguna vez le regaló el cubano Guillermo Cabrera Infante al entrevistador de *The Paris Review*:

“Confieso que tengo una deuda con Carlos Fuentes. Una vez entró en mi campo visual con una afeitadora eléctrica. Nunca había visto una sin cables y no podía esperar para comprármela. Cuando lo hice, cada vez que la usaba pensaba: ‘si Carlos me viera ahora’. Esa es mi deuda con Fuentes.”

7

Fuentes murió de la manera que suele suceder en este mundo: sin que nadie esperara su partida. Sufrió un ataque gástrico, luego transformado en hemorragia, como el del personaje Artemio Cruz, para luego fallecer de un paro respiratorio.

Un día antes de morir *El País* publicó una entrevista en la que se mostró lleno de vida desde Buenos Aires. Allí habló de sus proyectos, de su novela terminada (*Federico en su balcón*), de otra que estaba por comenzar en cuanto culminara el diálogo con el periodista (*El baile del centenario*). Éste último, sorprendido, le preguntó sobre la sabiduría que otorgaba la edad. La respuesta del escritor fue una flecha:

“Depende de quién. Yo soy muy amigo de Jean Daniel, el director del *Nouvel Observateur*. Es un hombre que acaba de cumplir 91 años y es más lúcido que usted y yo juntos. Nadine Gordimer tiene noventa y tantos. Luise Rainer, la actriz, a quien veo

mucho en Londres, tiene 102 años. Y va conmigo a cenas, se pone un gorrito y va feliz de la vida. No hay reglas. El hecho es que cuando se llega a cierta edad, o se es joven o se lo lleva a uno la chingada”.

Sin embargo, Fuentes no dijo en esa conversación que hacía un año había mandado a cincelar su nombre y el de su esposa en una lápida del cementerio de Montparnasse, camposanto en donde yacen dos de sus hijos fallecidos en tristísimas circunstancias.

8

En varias ocasiones coincidí con Carlos Fuentes. Tengo un ejemplar de *La muerte de Artemio Cruz* que me dedicó con estas palabras, en cuanto supo que me encontraba en una investigación académica sobre su obra: “Para Daniel Centeno/Un gran abrazo de su sujeto de tesis doctoral/Carlos Fuentes”.

Hace pocas semanas recibí en mi correo electrónico el primer capítulo de su última novela concluida y aún inédita. Me la regaló para la revista *Coroto* en un acto de genuino desprendimiento que me sorprendió. Supe que, cuando le dijeron que la publicación la hacíamos con las uñas, él mismo destacó: “Sí, pero uñas de oro”.

Ese comentario fue el acicate para seguir pegado en este empeño editorial de locos. Su fragmento de obra nos honraba y no veíamos el día de que la tuviera en sus manos de vuelta. Ya no podrá ser.

Un mediodía de 2003 en Madrid coincidimos en un ascensor. Era claro que no se acordaba de mí, de las entrevistas y veces que hablamos. Yo tampoco hice ningún intento por refrescarle la memoria. De nada iba a servir. Sólo sonreí por cortesía e hice lo que se suele hacer cuando uno está con otra persona en un elevador: pegar los ojos a los números de los pisos. Fuentes, en cambio, me sacó conversación de la manera más insólita: “Dicen que en este edificio hay fantasmas, ¿no?”

Alguna bobada atiné a responder, cuando el escritor salió disparado a presentar su última obra para el momento: *La silla del águila*. La novela en donde se desquitó y seis años después devolvió la broma ya no tan privada con otro chiste: el del premio Nobel que recibía César Aira en el 2020. En la ficción que había inventado sin gusanos de seda. 🐛

